

Van donde su temor las encamina;
Y así dejaron desembarazado
Aquel compás y toda la ribera,
De manera que sin impedimento
Pasaron los demás y el campo todo,
Hicieron allí noche y otro día
Colaron adelante descubriendo
Aquellas poblaciones circunstantes.
Do no faltaron acometimientos
Y algunas resistencias porfiadas,
En las cuales cuotidianamente,
Llevaban lo peor los naturales.
De tal manera que por bien tuvieron
Acudillos de paz algunos dellos;
Y tanteada ya toda la tierra
Y á poco mas ó menos los vecinos
Que podría tener, buscaron sitio
Para fundar morada permanente,
Y diez ó doce leguas adelante
Del paso que los indios defendían
Hallaron un asiento proveído
De las comodidades necesarias,
Donde con las solemnes ceremonias
Usadas en negocios semejantes,
En nombre del invicto rey Filipo
Fundaron la ciudad, á quien se puso
Nombre de Zaragoza, cuya tierra
Abunda de riquísimos veneros,
Y es el día de hoy por su riqueza
De varios negociantes frecuentada
Ansi por tierra como por los rios
Que van á desaguar al mar del Norte,
Por estar Zaragoza situada
Acia las juntas de los rios Porce
Y Nichi, cuyas aguas dan aumento
Al gran río de Cauca que se mezcla
Después con otro de la Magdalena,
Los unos y los otros navegables,
Aunque por las zozobras de corrientes
Los vasos do navegan son canoas
Que pegadas á tierra van bogando.
Fue pues el fundamento deste pueblo
Año de ochenta y uno, demediado
El mes que los hebreos idar llaman;
Y hecha descripción y apuntamiento,
Fueron cuarenta solos los vecinos
Encomendados de repartimientos,
Segun la cantidad de naturales
Que por aquellos montes habitaban.
E ya puestas las cosas en el orden
Que parecía ser mas conveniente
Á la defensa desta nueva planta,
Electos los alcaldes y oficiales,
Nombró Gaspar de Rodas por teniente
A Fernán Sanchez, hombre de gobierno,
Y él se partió con los demás soldados
Al sitio donde fué San Juan de Rodas,
En la parte que llaman Itúango,
Que despobló Valdivia, segun dije
Atrás en el discurso de su vida;
Donde pacificó los naturales,
Erigiendo ciudad en el asiento
Antiguo con el nombre que tenía,
A la cual dió vecinos veinte y ocho
Que son encomendados, y hoy se valen
Entre tan indomable barbarismo
Mediante las industrias y consejos
Deste gobernador, cuya prudencia
Al bárbaro feroz ha puesto freno.
Dejando pues allí por su teniente
A Juan de Rodas, un pariente suyo,
A su casa volvió con intenciones
De convocar soldados con que pueda
Escudriñar secretos de la tierra,
Que por estar cerrada de montañas
No sin dificultad pueden saberse;
Y presumen habellos importantes,
Porque claro se ve ser una pasta
De ricos minerales donde quiera
Que rios y quebradas se cateen;
Mas agora de nuevo no sabemos
Otra cosa que sea de momento.

Y así deste gobierno me despidió,
Porque futuros acontecimientos
Dirálos á su tiempo quien los vido,
Cumpliendo cada cual con sus intentos;
Pues agora mi principal ha sido
Tratar de los primeros fundamentos
Desde el principio hasta nuestra era,
De quien si mas supiera mas dijera.

RELACION BREVE

*de las tierras de la gobernación del Chocó, y cosas en ella
acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capi-
tán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno
y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad
de Buga.*

CANTO PRIMERO.

Otra gobernación agora resta,
Que es el Chocó, de quien algunas veces
Hemos tractado como de pasada,
Cuyos confines sé que simbolizan
Con los de Santafé que van corriendo
Acia la mar del Norte por montañas;
Y este gobierno tiene de presente
Un Melchior Velazquez, no tan lleno
De prósperos sucesos de fortuna
Cuanto de virtuosas propiedades
Y partes que son dignas de alabanza,
Soldado viejo de los mas antiguos
De Popayán, y bien ejercitado
En todos los trabajos de conquistas.
Cuyo discurso no será prolijo,
Por ser gobernación algo moderna,
Y haber faltado por la tierra della
Buena comodidad para poblalla,
A causa de ser toda montuosa,
Húmeda, pluviosa, desgraciada,
De pocos naturales, aunque ricos,
Porque la tierra toda va sembrada
De venas caudalosas de buen oro,
Vistas y cateadas por los nuestros
En diferentes rios y quebradas.
Y así corria la noticia della,
Con otra mas antigua del Dabaibe,
Que por aquel paraje se publica
Estar, y aunque de muchos inquirida,
Ningunos le pudieron dar alcance;
Adonde segun fama las riquezas
De los enterramientos sobrepujan
A las que del Cenú se descubrieron,
Segun en su lugar quedó notado,
De cuya causa principales hombres
Apetecían el descubrimiento,
Entre los cuales fué Gomez Fernandez,
Primero fundador de Caramanta,
Del cual hice mencion en otras partes
Por ser hombre de gran merecimiento,
Valiente, liberal, industrioso
Y en posible no mal afortunado.
Este, con el deseo que tenía
De rastrear aquella gran noticia
Y ver el fin de aquel encantamiento,
Demandó la conquista desta tierra
A los señores del real senado
Que en este nuevo reino de Granada
En aquella sazón eran jüeces:
Los cuales se la dieron fácilmente,
Atentos al valor de su persona
Y á la mucha substancia que tenía
Para hacer soldados y pertrechos
A su descubrimiento necesarios;
Pero diósele con aditamento
De que primero y ante todas cosas
Allanase los indios rebelados,
Importunos entonces y molestos
A Santafé, la villa de Antioquia,
Desde aquel tiempo que Toné cacique
Los hizo levantar, segun se dijo
En el lugar y parte que convino,
Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada.
Aceptó la merced y hizo gente
De caballo y de pie, y en el avio
Gastó crecida suma de dineros:
Finalmente salió de Caramanta
Con ochenta soldados escógidos,
De los cuales es uno Bernardino
Mojica de Guevara, varon noble,
En este pueblo donde yo resido
Vecino principal y contioso;
Y en cumplimiento del real mandado
Fué por el año de cincuenta y siete
Con aquestos soldados en demanda
Del cacique Toné, bárbaro duro,
Gallardo mozo, suelto, bien dispuesto,
De fuerzas monstruosas y atrevido,
En quien nunca jamás hubo descuido
Para se defender de sus contrarios
En ciertas barbacoas, cuyos troncos
Gruesos, bien alijados en la tierra,
Subian en altura cuatro brazas,
Espesas las hileras, y por orden
Que, travesadas vigas por lo alto
Y dada perfición al soberado,
Pudieron fabricar seguramente
Casas pajizas para sus albergues;
Y lo mas alto de la barbacoa
Cenido con maderos ajustados
Que volaban segun el colgadizo
Que llaman los latinos meniano,
Tan alto que servia de muralla
Y amparo contra tiros estrangeros,
Por él hechas troneras provechosas,
Para poder valerse de los suyos;
De que tenían cantidad inmensa,
Lanzas muy largas, piedras ponderosas,
Flechas y dardos, gruesos estacones
Que piramidalmente van labrados
Hasta se rematar en sutil punta
Tostada, tan aguda que desmalla
Las mas fortificadas armaduras;
Empinadas á trechos grandes vigas
Sueitas y sin ninguna ligadura,
Pero de tal manera que juzgaran
Ser á la fabrica correspondientes,
Y para substar su pesadumbre,
Siendo cualquiera mano poderosa
Para precipitalas fácilmente
Sobre los que llegasen descuidados.
Tenian abundancia de alimentos
Arriba recogidos, y en canoas
O maderos cavados agua mucha,
Demás de las vasijas de sus vinos;
Y para no perder la que del cielo
El pluvioso nimbo destilaba,
Tenian en las alas de las casas
Hechas de gruesas guadubas canales,
Cuyas corrientes iban dirigidas
A los vasos que estaban contrapuestos.
Ansimismo sembraron los caminos
De hoyos do cayesen los caballos,
Y en ellos estacones afijados,
Puyas por consiguiente peligrosas
Por unas y otras partes derramadas:
Todo con tal industria disfrazado,
Que la del español fué necesaria
Para poder librarse del engaño,
Porque Gomez Fernandez como diestro
A todo dió reguardo descubriendo
Cualquiera trompezon disimulado.
Y así sin sucedelles desavio,
Llegaron al primero soberado
Donde Toné tenía su morada,
Sus hijos y mujeres y familia,
Y entrellos cien gandules de pelea
Para defensa desta fortaleza;
Porque los escuadrones que hallaron
Opuestos al camino que llevaban,
Que pelearon pertinacamente,
Habian sido ya desbaratados.
Salidos pues del monte mas cercano,
Vieron la fabricada fortaleza

Encima de una loma que tenía
De longitud hasta doscientos pasos,
Pero de latitud la mitad menos:
La cual por todas partes ocupaba
El fuerte y edificio de madera,
Y por cualquiera parte la subida
Para llegar á él era ladera
Aspera de subir y trabajosa.
Puestos á punto pues los españoles,
Por una y otra parte rodearon
La dicha fortaleza, defendiendo
Que no pudiesen indios acudirles
De los que estaban fuera con socorro,
Y requiriéndolos por muchas veces
A los que estaban dentro que se diesen,
Porque si se mostraban pertinaces
Los pasarían todos á cuchillo,
Y saliendo de paz no les darían
Sinsabores, agravios ni molestias:
Los indios respondían con las armas
Y con mayores fieros y amenazas,
Toné principalmente, que decia:
«Llegaos un poco mas acá, cristianos,
Por el tributo que se os adereza:
Dejaremos las armas de las manos
Para ponéros las en la cabeza;
Y aun de vosotros á los mas lozanos
Tengo de desmembrar pieza por pieza,
Porque si padeceis muerte prolija
La paz que me pedis quedará fija.»
Oídas por los nuestros las razones
Con otras desvergüenzas insufribles,
Comenzóse de veras el combate
Por una y otra parte, disparando
El arcabuceria violenta
Al pretil y troneras dirigida,
Por no dalles lugar á los contrarios
Para que de sus armas se aprovechen;
Y entre tanto los otros españoles
Se llegaban con mantas de madera
Cubiertos al enhiesto baluarte,
Que no podía ser sin mucho riesgo
A causa de las nubes que caían
De dardos, flechas, lanzas y de piedras
Y algunos estacones de los cuales
Uno cayó sobre Diego de Ardila,
Que ponía rodela por delante
A un soldado de los mosqueteros,
De tal manera, que rompió la punta,
La rodela, cojin y fuertes armas,
Y el brazo del Ardila juntamente
Por una y otra parte traspasado;
También á Bernardino de Mojica,
Rodelero de aquel Garcia de Arce
A quien después mató Lope de Aguirre
En el rebelion ya referido
En la primera parte de mis cantos,
Una piedra le dió por el costado
Encima de las armas, que lo hizo
Rodar por la ladera trompicando,
Mas luego revolvió con mas coraje
Al puesto do quedó su compañero,
Y estando los dos juntos vió Garcia
Una gran viga que se despegaba
Del baluarte, y en aquel instante
Al Mojica diciendo: «¡guarda, guarda!»
Le dió tal empellón que lo retrajo
Hartos pasos atrás, y él ansimismo
Se desvió con un veloce salto,
Y fué tan necesaria la presteza
Que si tardaran un solo momento
Allí quedarán hechos mil pedazos.
En esto consumieron aquel día
Sin se hacer efecto provechoso,
Y el tiempo que duraron las tinieblas
Nocturnas, fué comun la vigilancia
Rondándose la cerca con silencio,
Porque se recelaban de huida,
A causa de tener el monte cerca;
Y porque les faltasen las señales
Y objetos á los tiros de las flechas
Que con obscuridad iban volando

A poco mas ó menos en demanda
Del católico bando que no vian,
Los nuestros no quisieron hacer lumbre
Hasta llegar la del siguiente día,
Donde se refrescaron los combates,
Fuegos artificiales y alcancías,
Baldías pues al alto no llegaban,
Porque con el temor de las respuestas
De jáculos que punto no cesaban,
No les daban el vuelo que pudieran
A no tener escudos embrazados
Con el cuidado que les convenia,
Que para las mover con llena fuerza
No dejaba de ser impedimento;
Bien que García de Arce muchas veces
En el cañon del arcabuz cargado
También ponía flechas encendidas
Que daban en la paja de las casas,
Mas esto remediaban prestamente
Los bárbaros con agua y otras cosas
Que no dieron lugar á que la llama
Cobrase fuerza ni prevaleciese.
Y así permaneció la fortaleza
Ilesa por espacio de seis días,
Sin que los defensores alojasen
Ni les faltasen armas ofensivas;
Y al cabo deste tiempo de los nuestros
Solos dos escaparon sin heridas,
Aunque ninguna dellas peligrosa,
Pues por la mayor parte los catios
Nunca tuvieron uso de veneno.
Vista pues la dureza de los indios,
Mas eficaz remedio procuraron,
Y fué ponelles fuego por debajo,
Para lo cual trajeron mucha paja,
Haces lijeros que con una mano
Podian arronjar al pié del fuerte,
Con la siniestra bien arrodellados:
Al fin pusieron fuego, puesto caso
Que no faltó terrible resistencia,
Con industrias y mañas admirables;
Y como los estantes eran gruesos
Y la madera dellos no dispuesta
Para que facilmente se quemase,
No hicieron entonces los efectos
Que nuestros españoles deseaban,
Pero del humo las molestas nubes
En excesivo grado fatigaban
A los que ya perdian esperanza
De se poder valer estando dentro.
Y así Toné mandó que se hiciese
Acia la parte menos asechada
Un portillo pequeño por adonde
Saliesen las mujeres entre tanto
Qué razonaba con los españoles,
Y procurasen con veloce paso
Meterse por el monte mas cercano,
Pues tenían bien cerca la guarida
Y los oscuros humos ayudaban
Para hacerlo mas cómodamente.
Esto se puso luego por la obra;
Y el astuto Toné con la voz alta
Les dijo: «Por amor de Dios os ruego
Que no me pongais fuego, pues ya veo
Ser torpe devaneo resistencia
Y que mi diligencia nada presta
Contra vuestra molesta pertinacia;
Paz, amistad y gracia quiero y pido
Y darne por vencido con mi muro,
Como me deis seguro de la vida,
Porque soy homicida de cristianos
Que fueron por mis manos descompuestos,
Viendo sus deshonestos pensamientos
Y mil atrevimientos insufribles;
Y en casos tan terribles la defensa
Es en cualquier ofensa permitida.
Recelo mi caída, y así quiero
Dejar el arco fiero con sus tiros,
Prometiéndome serviros llanamente,
Sin que jamás intente movimiento
Que os dé desabrimiento ni desgusto:
Si es lo que pido justo, dad abierta

Resolucion y cierta Brevemente,
Para que con mi gente luego salga.»
Oyeron las razones declaradas
Por lengua que sabia su idioma,
Y por satisfacer á su demanda
Luego Gomez Fernandez le responde:
«Bien conozco, Toné, que guerras luengas
Nunca jamás se ven sin hombres muertos:
Temor de lo pasado no lo tengas,
Pues sales á pacíficos conciertos;
Haz lo que dices, porque como vengas
Yo te recibiré brazos abiertos,
Y así lo manda la real persona
Que los yerros pasados te perdona.
» Este es el gran Filipino, señor mio,
Gloria de los imperios castellanos,
A cuya majestad y señorío
Obedecen los principes cristianos,
Y el infiel y bárbaro gentío
A su potente voz se hacen llanos;
Lo cual si haces tú como discreto,
Seguro de la vida te prometo.»
El bárbaro segunda vez promete
De dar la paz y ser leal amigo,
Debajo de lo cual muchos soldados,
Sin el recato que les convenia,
Se fueron acercando mas al muro,
Y á uno que llegó mas descuidado
Un jáculo mortal de dura punta
Le traspasó las intimas entrañas
Y dió fin á sus días brevemente.
En este tiempo ya por otra parte
Iban huyendo acia la quebrada
Montuosa que estaba por delante
Un golpe de muchachos y mujeres.
Sirviéndoles el humo de cubierta;
Y un lusitano dicho Juan Fernandez
Acaso vió huir por la ladera
A gran priesa la gente que salia,
El cual dió voces á los compañeros
Diciéndoles: «¡A ellos, que se huyen!»
Acuden los que cerca se hallaron
Para los detener y hacer presa,
Y en este punto para defendellos
Arronjóse Toné por el portillo
Con un espada lucia castellana,
Despojo por sus manos adquirido,
Poniéndose delante de los nuestros,
Con tan terribles golpes y osadia,
Que detuvo sus pasos presurosos
Por dalles mas lugar á los que huyen:
Rebate los aceros castellanos
Con tal compás de piés y lijereza,
Y priesa de reveses tan á punto,
A los unos y otros acudiendo,
Que parecia verdaderamente
Estar de mil demonios revestido;
Y cuando ya sintió que sus mujeres
Y hijos estarian en el bosque,
Quiso desgalgar la cuesta abajo,
Y recelándose que Juan Fernandez,
Que mas se le metia por un lado,
Al tiempo que volviere las espaldas
Ejecutar podria sus intentos,
No saben cómo dió con él en tierra,
O ya podria ser caer el mismo,
Mas no bien acabó de caer cuando
Asió dél por la pierna con la mano
Siniestra, y arrastrando lo llevaba,
Segun suele hacer rapace fiera
Al hombre miserable que durmiendo
O ya velando, con imperceptible
Velocidad de salto lo arrebató,
Que si por caso gente bien armada
La presa le sacó dentre las manos
Queda miembros y huesos quebrantados
Atónita, pasmada, sin sentido:
Y poco menos de tan mala burla
El fuerte y atrevido lusitano
Al tiempo que Toné dejó la carga
Por ille Bernardino de Mojica
Con otros dos ó tres en el alcance,

El cual por salir libre del conflicto
Tuvo por bien de les dejar la presa
Y sin ella meterse por el monte;
Pero de lance tan inopinado
El portugués quedó harto corrido
Y no menos molido que asombrado.
Entre tanto los otros españoles
Armados ocuparon el portillo,
Y algunos intentaron entrar dentro
Creuyendo que se dieran los restantes,
Y que gozaran de despojo rico,
Que lo debía ser si no saliera
El esperanza vana, porque fueron
Con increíble furia rebatidos,
Y en la presura y acometimiento
Dos españoles valerosos muertos;
Por cuya causa los demás soldados
Avivaron el fuego retenido
Con cantidad de leña que pusieron
Por una y otra parte de la fuerza,
Cuyas voraces llamas dieron vuelo
Hasta llegar á las pajizas casas,
Donde la turbacion confusa corre,
Murmurio y alboroto descompuesto,
Las voces y los ojos ocupados
Del inconstante humo removido
Por el sonoro soplo de los vientos,
Que no les da camino por do puedan
Hallar algun recurso de huida.
Segun que muchas veces acontece
Andar revueltos varios animales
Cuando suelen indios cazadores
Quemar zavas altas en verano,
Que viéndose de fuego rodeados
Corren acá y allá con desatino,
Y cuanto mas el fuego se recoge
Y en mas breve distancia los congrega,
Mayor es el confuso movimiento,
Bullicio, confusion, desasosiego,
Hasta que vivas llamas los ahogan:
Así los miserables se confunden
Unos sobre los otros apiñados,
Adonde perecieron brevemente;
Verdad sea que muchos antes desto
Con miedo del incendio peligroso
Salieron y se dieron desarmados
A la disposicion de nuestra gente,
Mas otros duros, malos, pertinaces,
Tomaron por remedio mas acepto
Ser del inmitable fuego consumidos,
Tanto que si sus hijos y mujeres
Querian evadirse del peligro
Ellos con manos impías, crüeles,
Al fuego los volvan, donde fueron
Los unos y los otros abrasados;
Y así se dió fin á la fortaleza
Deste valle que llaman Penderisco.
Ahorcaron algunos después desto
De los que se prendieron, y cortaron
Manos, sin que mostrasen sentimiento
Al golpe del machete los pacientes,
Antes ejecutada la sentencia
Metian ellos mismos en el fuego
La sangrienta lision del trunco brazo
Quemando fuertemente la herida;
Y estos con libertad desenfadada,
Al tiempo de salir dentre los nuestros
Iban diciendo dellos mil blasfemias,
Afrontas, vituperios y amenazas.
Después que castigaron estos indios
Caminaron dos leguas adelante,
Adonde reposaron algun tiempo
En un asiento llano y apacible
Hasta convalecer de las heridas;
E ya recuperada mejoría
Determinaron ir á Nogobarco
A combatir el fuerte que tenia
En parte mucho mas inespugnable,
Y en él hombres de guerra solamente,
Absente la demás imbele chusma.
Tenian los pertrechos y adherentes
Que del primero dije, pero tantos

Que sin faltalles abundantemente
Podian sufrir cerco muchos días;
Y así lo defendieron treinta y nueve
Con gran obstinacion, y fué la causa
Ser muy mas empuñadas las laderas
Do fué la fundacion del edificio,
Al cual pusieron cerco por dos partes,
Haciendo sus trincheas y reparos
Por no ser ofendidos de los tiros
De que diurnas y nocturnas horas
Daban en el real nubes espesas,
Sin que por parte de los españoles
Se pudiese hacer efecto bueno
A causa de ser agra la subida.
Y así, porque con salitrosos tiros
Señoreasen mas la fortaleza,
Y desde lugar alto descubriesen
Y vieses los ocultos defensores,
Tentaron de hacer un baliarte
Alto, donde subiesen diez ó doce;
Pero cuando los palos arbolaban,
Fueron tantos los jáculos y piedras,
Que hirieron en piernas y cabezas
La mayor parte de la gente noble
Que ponían las manos en la obra,
Y á Bernardino de Mojica dieron
Con violenta piedra la herida,
Cuya cicatriz hoy se manifiesta
En la mejilla del venusto rostro;
Y así paró la máquina que digo.
Pero con presurosa diligencia
Volviéron á las mantas de tablones,
Con las cuales tentaron muchas veces
Llegar al ligneo muro; mas por bajas
Troneras asomaban gruesas picas
Bien de cincuenta piés, con duras puntas,
Que cantidad de indios meneaban,
Y con ellas herian malamente
Los piés que no podian ir cubiertos;
Y aunque García de Arce, cuyos tiros
No menos que de Febo fueron ciertos,
Hacia mucho daño con las postas
Que cargados cañones escupian
Contra los asechantes agujeros,
No por eso faltaban indios sanos
Que luego socorrian y estorbaban
El acometimiento de los nuestros.
Y un Valdelomar, mozo robusto,
De grandes fuerzas, hombre corpulento,
Con su celada fuerte y otras armas
Y una media burra de madera,
Fué por el reventon mas adelante,
Pero no sin castigo peligroso,
Porque violenta piedra con su golpe
Abolló la celada borgoñona
Y dió con él en tierra quasi muerto,
Diciendo: «¡Dios me valga!» y al momento
Fué socorrido de los compañeros,
Que fuera lo sacaron aturdido
Y con herida grave, cuya cura
Tardó no poco número de días.
Vista pues la dureza de los indios
Y cuán bien defendian su partido,
Procuraron valerse de la leña
Para ponelles fuego, segun antes
Les convino hacer en Penderisco;
Mas con aquellos largos hurguneros
La desviaban toda facilmente
Haciéndola rodar la cuesta abajo
Por ser de reventones muy enhiestos.
Y en esta porfiada pesadumbre
Habian consumido treinta días,
Los unos y los otros fatigados,
Tanto que ya los bárbaros cesaban
De las continas gritas y algarazas
Con que vituperaban á los nuestros,
Antes con reportadas apariencias
Estaban en un tácito silencio,
Tal que los españoles sospechaban
O que dormian ó que estaban muertos;
Y así determinaron dos soldados,
Francisco Barco y Cristóbal Gonzalez,

Mancebos animosos y lijeros,
Una siesta llegar tácitamente
Por parte mas oculta y encubierta,
Y entralles en el fuerte gateando
Por los estantes que caian fuera,
Armados de sus sayos estofados,
A las espaldas puestos los escudos,
Ceñidas las espadas y las dagas:
Lo cual efectuaron, pero cuando
Llegaban cerca para saltar dentro,
Acudieron rabiosos defensores
Con gran ruido, grita y alboroto
Y diferentes armas en las manos,
Con que precipitaron mal heridos
A los determinados compañeros,
Los cuales se volvieron a sus ranchos
Con harto mayor prisa que vinieron,
Y fué bien menester su lijereza
Para se defender de la creciente
De jáculos y piedras que tras ellos
Iban encaminadas por los aires.
Tuvieron después desto los cercados
Grande solicitud y vigilancia
En se velar las noches y los dias,
No sin aquellas gritas que solian
Con afrentas, oprobios y amenazas:
Un bárbaro ladino mayormente
Se solia poner en cierta parte
En lo alto del fuerte cada noche,
Confiado de que con obscurana
Tiro no le podia hacer daño,
Y en lengua castellana les decia
Desvergüenzas y deshonestidades;
Pero Garcia de Arce, puesto caso
Que no podia ver al que hablaba,
Do sonaba la voz guio la bala,
Y fué con tan buen tino que con ella
Hizo que resollase por el pecho,
El cual con el angustia de la muerte
Cayó dando gemidos lamentables.
Pero los otros, porque no sintiesen
Los nuestros las querellas del caido,
Cantaban y hacian gran estruendo;
Y él mismo les decia: «Ya mi vida
Conozco ser rendida de la muerte,
Y cómo se convierte mi sentido
Al fin aborrecido que tenemos;
No pueden los extremos de tristura
Callar la desventura y el tormento
Del gran dolor que siento, y al mas lleno
Juicio le es ajeno sufrimiento
Que como veloz viento se le aleja;
Es el dolor de queja muy pariente
Y del triste doliente la querella,
Y así me voy con ella deslizándome:
Mas porque los del bando peregrino
No sientan mi mezquino acabamiento,
Será de gran momento lo que ruego,
Y es que me mateis luego, sin tardanza,
Y que tomeis venganza de mi muerte.»
Esto pusieron ellos en efecto,
Y aun por ventura fué mantenimiento
De sus voraces vientres, como suelen.
Después los bárbaros por un portillo,
Lugar secreto bien disimulado,
Salían muchas noches con sus armas
Y daban en el campo de los nuestros
Con impetu terrible, de tal suerte
Que no dejaban de hacelles daño,
Y fuera mucho mas si no tuvieran
Los españoles suma vigilancia,
Estando todos bien apercebidos,
Sin reservar heridos ni dolientes.
E ya, del largo tiempo fatigados,
Algunos murmuraban y quisieran
Dejar aquel empresa de las manos,
Y efectuar su principal viaje
En busca de la tierra del Dabaibe,
Pareciéndoles ser tiempo perdido
Aquel que se gastaba porfiando
En allanar aquella fortaleza
Al parecer comun inespugnable;

Mas Francisco Moreno, valeroso
Soldado, de los viejos de Antioquia,
A quien después mató Gaspar de Rodas
En singular certamen combatiendo,
Levantóse del lecho mal herido,
Y dijo las palabras que se siguen:
«Espántome, señores, grandemente
Deste mal acordado movimiento,
Y de que pechos de tan diestra gente
Conciban semejante pensamiento,
Pues soltar de las manos lo presente
Es dar a los demás fuerzas y aliento,
Y en vez de domeñar duras cervices
Plantar para mas guerra mas raices.
»Lo que nos cumple para paz entera
Y dar a lo demás abierto tajo,
Es deshacer aquesta ladronera
Que nos ponen aquí por espantajo,
Porque haciéndolo desta manera
Lo demás allanamos sin trabajo;
Mas si con su dureza dejais esta,
La tierra toda queda descompuesta.
»Las armas nos tenemos en la mano
Y a nuestros enemigos tras paredes:
Nunca Dios mande que el honor hispano
A menos venga por vuestras mercedes;
Perseverad, pues tarde que temprano
Han de venir a dar a vuestras redes,
Y queriendo hacer mas asistencia
Maña no faltará ni diligencia.»
Estas y otras razones dijo, como
Vecino de la villa de Antioquia,
En cuyos propios términos caian
Las gentes que venian allanando;
Y así Gomez Fernandez informado
De lo que los soldados procuraban,
Les declaró su voluntad diciendo:
«Merece punición aquel que anda
Tractando semejante desvario,
Y aquesta no será con mano blanda
Cuando tentare de hacer desvío,
E yo no lo haré desta demanda
Hasta ya dalle fin ó ver el mio,
Y para dallo sin que mas se espere
Cada cual haga lo que yo hiciera.»
A questo dicho, fué por su persona
A la roca que estaba mas cercana,
Cultura de los bárbaros cercados
Que contenia cantidad de leña,
Y sobre sus antiguos hombros puso
Un ponderoso hace, y arronjólo
Al pié de la ladera que distaba
Doscientos pasos de la fortaleza;
Y todos los demás por muchas veces
Hicieron esto mismo, hasta tanto
Que se llegó crecida copia della.
Armaronse las mantas después desto,
Burras y medias burras de madera,
Y detrás dellas gente que hacia
Hoyos con barras y otros instrumentos,
Donde hincaban palos en hilera
Como cuarenta piés del alto fuerte,
Atravesando varas por los palos
A manera de seto mal tejido,
Pues era solamente por respecto
De que la leña no se deslizase
Por la clivosa y áspera subida
Cuando los pertinaces defensores
Usasen del astucia que solian;
Lo cual hicieran ellos fácilmente
A no hallar obstáculo delante
Y violentas balas que volaban
A las troneras bajas y a las altas,
Defendiendo por una y otra parte
Los hombres ocupados en la obra.
La cual conclusa como deseaban,
Y cercada la parte que podia
En alguna manera ser hollada,
Cubiertos de los cóncavos escudos
A causa de los jáculos y piedras
De que siempre llovía muchedumbre,
Iban las diestras manos arronjando

Con gran solicitud la seca leña
Entre la fortaleza y el cercado,
Tanto que ramas, pajas y fomentos
Subieron dos estados en altura,
Bastante para lo que pretendian;
Mas como ya la sombra de la noche
Venia los objetos encubriendo,
Esperaron al dia venidero
Para ponelle fuego, porque nadie
De los que dentro de la fortaleza
Estaban escapase de ser preso.
Y el capitán y los demás soldados
Nunca se divirtieron de aquel puesto,
Las armas en la mano todas horas,
Sin que por el espacio de la noche
A los cansados miembros se les diese
Aquel regalo que se les debía;
Y no menos los indios procuraban
Desbaratar la máquina compuesta
Usando mil astucias y cautelas,
Hasta les arrojaron vasos imundos
De fétidos y sucios esccrementos,
Pero ningunas cosas fueron parte
Para desarrimillos de la leña;
Hasta tanto que ya febea lumbre
Vino tendiendo sus dorados rayos
Por aquel hemisferio y horizonte,
Y antes que comenzasen los incendios
Los llamaron de paz, y les hicieron
Requerimientos y protestaciones
Baldias. Y así, vista su dureza,
Poner fuego se tuvo por remedio,
Cuya veloce llama fué subiendo
Hasta llegar a los pajizos techos:
Lo cual visto por ellos, paz pedian
Algunos, y esos no sin arrogancia,
Porque decian: «Ya sabeis, cristianos,
Cuasi que tanto como los catios
En astucias y en ardidés de guerra.»
Al fin salieron muchos, pero como
Estaban represados mil enojos,
Algunos fueron muertos por los negros
Esclavos que venian en el campo
Y aun por los españoles agraviados;
Otros prendieron, y otros mas protervos,
Con verse ya cercanos a la muerte,
Siempre permanecieron peleando
Desde la fortaleza, hasta tanto
Que ya se convirtieron en ceniza;
Y a vueltas de otros muchos que hirieron
Antes de ver su trance postrimero,
Dieron a Bernardino de Mojica
En un hombro con piedra ponderosa,
Con tal queiebra de huesos, que este dia
En tiempos pluviosos y revueltos
No deja de sentir algun trabajo.
Algunos ahorcaron de los presos,
Y el uno dellos, cuandoregonaban
«El rey manda hacer esta justicia»
Dijo con un desgaire desdenando:
«¿Qué rey, qué rey es ese que lo manda?»
Y el capitán, por ver el desacato
Y aquel torvo mirar y furibundo,
Mandó soltar un perro furioso,
En estas cazas muy ejercitado,
Que con impetuoso movimiento
Fajó con él, y estándolo comiendo
El indio le decia: «Come, come»,
Sin que de su tormento diese muestra,
Formase queja ni torciese gesto.
Los demás enviaron libremente,
Algunos sin narices y otros mancos,
Que fueron pocos y de los mas viejos
Que siempre suelen ser mas indomables;
Y los que de lisiones iban libres
Llevaban todos cruces en las manos,
Encomendándoles que convocasen
Sus amigos, sus deudos y parientes
A la paz y amistad de los cristianos,
Lo cual ellos hicieron con llaneza;
Y así vinieron muchos, de los cuales
El uno fué Toné, que después deste

Castigo guardó paz inviolable.
Entró Garcia de Arce mas adentro
De las montañas con alguna gente,
Y con él Bernardino de Mojica,
Y allanaron algunas barbacoas
De menos importancia; y esto hecho,
En cumplimiento de lo que mandaron
Los jueces de la real audiencia,
A la poblacion fueron de Antioquia,
Donde poblaron, y quedó con veinte
Soldados un Francisco Barahona,
Cuya refundacion duró muy poco,
Por no ser parte para sustentarse.
Partió Gomez Fernandez con los otros,
Que serian ochenta, prosiguiendo
Aquella gran noticia del Dabaibe,
Rompiendo por montañas tenebrosas,
Con tantas desventuras y trabajos
Que seria particularizallas
Entrar en un confuso labirinto;
Y muertos dellos ya la mayor parte,
Viendo su perdicion y desavío,
En balsas se bajaron navegando
Por el rio que llaman de las Redes
Hasta las playas de la mar del Norte,
Desde donde los pocos que quedaron
Aportaron con riesgos increíbles
A Tulú y a la mar de Cartagena.
Donde Gomez Fernandez, no cansado
De tan adversos trances, hizo gente,
Y con hasta sesenta compañeros
Volvió por mar en unos bergantines,
Que lo desembarcaron en las playas
De aquel rio que llaman Oromira;
Mas oro no miró, sino trabajos,
Hambre, calamidad, penalidades,
Que para las hacer encarecidas
Basta ser tales cuales se padecen
En los apócrifos descubrimientos.
Y así por no hallar tierra dispuesta
Para hacer morada permanente,
Tomó la derecera de Antioquia,
Atravesando ciénagas y rios,
Montañas y breñales pluviosos,
Donde la dura hambre dió remate
De muchos ó los mas desta compañía;
Y cuando los restantes allegaban
A Tabebe, provincia que confina
Con el fértil terreno de Antioquia,
Do quedaba poblado Barahona,
Los indios viéndolos debilitados,
Enfermos, flacos, flojos, consumidos,
Dieron en ellos, y al primer encuentro
Mataron fácilmente tres ó cuatro,
E yendo ya los otros de vencida,
Huyendo de la muerte que llevaban
Consigno, si las manos acobardan,
El buen Francisco Barco les decia:
«Parad, parad, parad, gente perdida,
Que si no haceis cara, nada presta
En trance semejante la huida:
El auxilio de Dios es el que resta,
Las manos y el espada bien regida:
A ellos, pues sabeis ser mas honesta
La muerte peleando, que huyendo,
La cara vida y el honor perdiendo.»
El capitán lo mismo les decia,
De quien no se apartó Francisco Barco;
Y así volvieron todos, y acometen
Como rabiosos perros a los indios,
Porque el temor sacó de la flaqueza
Briosas fuerzas y gentil denuedo,
Con que hicieron hechos admirables,
Tanto que se creyó que meneaba
Virtud superior piernas y brazos;
De cuyos golpes atemorizados
Los indios los dejaron y buyeron,
Y ellos continuaron su camino,
En el cual los que dellos perecian
Los apartaban fuera grande trecho,
Porque si les viniesen dando caza
Esta diminucion no conociesen.

Al fin, con esta grave pesadumbre
Llegaron a Antioquia, do pensaban
Hallar algún refugio; pero cuando
No vieron español en el asiento
Donde quedó poblado Barahona,
Crecieron las congojas y el desmayo
Y la desconfianza de la vida.
Mas en aqueste tiempo ya tenían
En Santafé noticia por los indios
De paz cómo venían mal parados,
Y en ese mismo punto despacharon
Algunos españoles, y cargados
Con ropas y alimentos yanacunas,
Para favorecerlos entre tanto
Que llegaban allá los miserables.

Estos los encontraron, pero tales
Que corazón humano no pudiera
Dejar de derramar lágrimas vivas:
Fueron los que venían veinte y cuatro,
Y destos, ya cercanos á la villa,
Con regalallos todo lo posible,
Los tres ó cuatro dellos perecieron;
Y los restantes que llegaron vivos
Fueron tratados generosamente
Por la gran caridad de los vecinos.
E ya Gomez Fernandez reformado,
Partió para su casa que en Encerma
Tenía, con cuadrillas en las minas,
Que mientras él absente le sacaron
Mas de sesenta mil pesos de oro:
Alivio singular y recompensa
De costas hechas en aquel viaje,
Do nunca lo dejó Francisco Barco
Hasta ponello dentro de su casa;
Y visto su leal comedimiento,
Con experimentada valentía
En aquella jornada trabajosa,
Fué deste capitán favorecido.
El cual vino después al Nuevo Reino,
Y dada cuenta de lo sucedido
A los jueces del real senado,
Por cuya comision él se dispuso
A la ciega demanda del Dabaibe,
Partió poco después para Castilla,
Adonde, todavía con su tema,
El gobierno pidió de los chocoes,
Que por el gran Filipo le fué dado;
E ya cuando venía con el cargo
Dentro de la ciudad de Cartagena
Cortó la dura parca sus diseños,
Los cuales acabaron con su vida.
Autorizaron estos funerales
Pocos de los antiguos conocidos,
Porque ya los amigos de su tiempo
Gustado habian deste mismo trago;
Mas no faltó quien sobre su sepulcro
Mandó poner la letra que se sigue:

Aquí yáx Gomez Fernandez
En lugar estrecho puesto,
Antes altivo y enhiesto;
Pero las cosas mas grandes
Vienen á parar en esto.
Tuvo presunción subida,
Sin temor de la caída,
No queriendo conocella
Con esperanza de vida,
Que es lo mas incierto della.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la go-
bernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo.

Del ejemplo pasado se colige
Cómo nunca jamás al apetito
Humano sucedió suerte tan llena
Que con aquella quede satisfecho;
Y así no pocas veces acontece
Que por subir á mas alta cumbre
Los hombres que vivían descansados
Con una moderada pasadía
Caen en los trabajos y aficciones
Que la necesidad trae consigo.

Destos ha sido Melchior Velazquez,
De quien he de tractar en lo que resta
Para dar fin á la tercera parte,
Porque con su discurso se concluye
Lo que de Popayán es dependiente.

Este hidalgo pues, siendo vecino
De la ciudad de Buga, que confina
Con tierras del Chocó do voy entrando,
Teniendo buena suerte por servicios
Hechos en allanar aquella tierra
Y otras muchas provincias belicosas,
Como tuviese nuevas de la muerte
Del otro capitán Gomez Fernandez,
Y se hallase con algún posible
Para subir á dignidad mas alta,
Importunado fué de sus amigos
A demandar al rey aquel gobierno
Con aquella esperanza cudiciosa
Que su predecesor también tenía,
Por ser, según habemos declarado,
Una pasta de oro toda ella,
Aunque no con aquellas cualidades
Que para la poblar son necesarias;
Mas con pensar que yendo mas adentro
Hallarian terrenos apacibles,
Envío sus despachos á la corte,
Que fueron á su gusto proveidos,
Vista la cualidad de su persona
Y méritos bastante bien probados.
Y antes que los recados le viniesen
Entró con cien soldados descubriendo,
Y en un rincón halló las poblaciones
De los indios que llaman coronados,
Con otros que se llaman los tutumas,
Que los unos y otros computados
Se llegarían á seis mil vecinos,
Malos de conquistar por ser valientes
Y bien ejercitados en sus armas;
Pero su buena maña pudo tanto
Que los hizo venir á servidumbre,
Y en sitio para pueblo conveniente
A la ciudad de Toro dió cimiento
Que promete perpetua permanencia
Por la riqueza grande de sus minas.
Entró mas adelante conquistando
Indios que competían con tutumas,
Que á la nueva ciudad contribuían,
Y eran de los chocoes infestados,
Y dellos trajo copia de captivos,
Joyas y de veneras rica muestra,
De que quedó mas engolosinado.

En este mismo tiempo gobernaba
Bartolomé de Mazmela la tierra
De Popayán, el cual le dió licencia
A Francisco Redondo, que es vecino
De Cali, hijo de Antonio Redondo,
Para hacer entrada por aquellas
Montañas, cuya fama se estendía
Cerca de la riqueza de sus venas;
Mas este capitán salió huyendo
Con pérdida de muchos españoles
Que le mataron en algunos pasos
Los bravos defensores de su tierra.
Y entonces le llegaron los despachos
Al Melchior Velazquez del gobierno,
Los cuales recibidos hizo gente,
Y juntaría como cien soldados
Con quien consumió copia de dineros
Dándoles los avios necesarios.

Entró con ellos pues por las montañas,
Llevando falsas guías de chocoes
Que desviaron maliciosamente
A nuestros españoles de los pueblos
Que prometieron dalles en las manos,
Y así fueron guiando por un río
En una y otra parte mal poblado;
E ya reconocida la malicia
Por ser la dilacion de muchos dias,
Apartadas las guías y la lengua,
India ladina de su propia casta,
El Melchior Velazquez les pregunta:
«¿Por qué me habeis mentido y engañado

Usando de tan gran maldad conmigo,
Trayéndome por este despoblado
Sin gente, sin labor y sin abrigo?
Con gran razon estoy determinado
De daros duro y áspero castigo,
Para que los demás con escarmiento
Enmienden este gran atrevimiento.»
El indio mas antiguo le responde:
«Tengo por acertados los engaños
Evitando los daños y los males
De nuestros naturales y parientes,
Por no dallos á gentes extranjeras,
Y tú mismo hicieras otro tanto:
Usa, que no me espanto de la pena,
Pues estoy en cadena detenido;
La muerte yo la pido, yo la quiero
Contento, pues que muero sin ofensa
Y por justa defensa de mi tierra.»

El Melchior Velazquez reportóse
Oyendo lo que bárbaro decía,
Y con amenazallo solamente
Cumplió con sus enojos y pasiones;
Y luego hizo junta de su gente
Para tomar acuerdo resolutivo
En determinacion de su viaje,
Y á todos les habló desta manera:
«Amigos, mala burla nos han hecho
Los indios que traíamos por guías
Saltando del camino mas derecho
En solitarias y dudosas vías,
Por donde caminamos sin provecho
Por tan crecido número de dias
Sin descubrir terreno que contente,
Ni cosa de que el campo se sustente.
» De cuya causa yo me determino,
Viendo tan enfadosos trompezones,
De no proseguir mas este camino
Ni meteros en otras confusiones,
Sino volver atrás é ir á tino
En demanda de aquellas poblaciones,
Porque las guías, como no se mueran,
Nos las tienen de dar aunque no quieran.

» Orden daremos para que se ablanden
Y sean mas sinceros ó sencillos;
E ya que con engaños se desmanden
Por los hilos se sacan los ovidos,
Pues caminos ternán por donde anden
Por los cuales podremos descubrirlos:
Aquesto me parece y esto siento
Debajo de buscar vuestro contento.»

Oidas las razones, todos ellos
Le respondieron cómo no tenían
Querer ni voluntad mas que la suya,
Y aquella seguirían donde quiera
Que le pluguiese de hacer viaje.
Con esto se volvieron á sus ranchos,
Y un clérigo de misa que llevaban
Oyó, parece ser, algunas cosas
De lo que prometieron diferentes,
Y al Melchior Velazquez en secreto
Le dijo: «Procurad otro concierto,
Porque me consta ser gente doblada,
Y si volveis atrás tengo por cierto
Que os tienen de dar todos cantonada,
Pues murmuran de vos al descubierto
Pesantes de venir en la jornada:
Remedíese no sero, sino serio,
Y creed que no hablo sin misterio.»

El buen gobernador quedó confuso,
Y porque no saliesen de las redes
Estuvo dando trazas y tanteos
No sin fatiga del entendimiento;
Y al cabo tuvo por mejor remedio
Bajar en balsas por aquel gran río
Que parecia sesgo y apacible
Para poder por él ir navegando
Una y otra ribera descubriendo.
Mandó hacer las balsas otro dia,
Y cada camarada tuvo cargo
De componer los palos en que fuese
Con fuertes ligaduras amarrados,
De manera que sin tocar al agua

Podían ir personas y adherentes;
Una sola canoa razonable
Do Melchior Velazquez navegaba
Con seis arcabuceros, recogiendo
Las balsas rezagadas que quedaban
Por mil inconvenientes que suceden.
Y habiendo desta suerte navegado
Tanta distancia como de diez leguas,
Dieron las balsas repentinamente
Encima de un raudal impetuoso
De peñas descubiertas y cubiertas,
Donde se trastornaron sin remedio
Ansi las balsas como la canoa,
Y cada cual por escapar la vida
Asidos de los frágiles navios
Sustentaban los cuerpos en el agua;
Pero celadas, cotas, arcabuces
En busca fueron luego de su centro,
Y arrebatados de la gran corriente
Los sayos estofados y rodelas
Y los demás reparos de vestidos
Acia la mar del Sur iban nadando,
Dejándose los dueños á lo largo,
Sin esperanza de poder cobrallos.

Salieron pues los nuestros á la playa,
Mas por milagro que por fuerza suya,
Los unos de los otros divididos,
Segun mejor podía cada uno,
Sin recurso de ropa que mudasen
En vez de la que sacan empapada;
Y juntos fué comun el desconsuelo,
En hambre y desnudez todos iguales,
Aunque mas perdidoso quien habia
Hecho la costa del avjamiento.
Al fin como se viesen descompuestos
Y de tantas angustias rodeados,
El último remedio fué volverse
A Toro, con trabajos que no pueden
En prolijo papel ser numerados;
Y así llegaron tales que gastaron
Dos años y algo mas en reformarse.
Al cabo de los cuales el Velazquez
Tuvo noticia de los noanamas,
Provincia del Chocó, de quien tractamos,
Y con aquel deseo virtuoso

Que tienen corazones generosos
Con celo de vivir después de muertos
Dejando por sus hechos buena fama,
Armó como setenta compañeros
De todas armas bien aderezados,
Y entró con ellos siempre por caminos
De gran dificultad, hasta que dieron
En un gran río cuya travesía
Era dos veces mas en la distancia
Que el río grande de la Magdalena,
Y en las riberas del algunos pueblos
Cuyos caminos eran por el agua,
Sirviéndose de barcas ó canoas
En todos sus negocios y contractos.
Y en el primero pueblo que se vido
En la contraria banda situado
Había cantidad de plantanales
Que las orillas frescas ocupaban,
Racimos sazonados y maduros
Pendientes de las plantas, convidando
A los que se llegaron con canoas,
En que vinieron del opuesto lado;
Y con decilles Melchior Velazquez
Que no llegasen á los platanales,
No fuesen las Hespérides aquellas
Donde el dragon guardaba las manzanas,
Con la cudicia del suave fructo
Faltóles obediencia, y acometen
Sin orden divididos, derribando
Aquí y allí racimos á porfía,
Sin recelar el daño que tenían
Cercano, pues estaban emboscados
Dentro del platanal bárbaros fieros,
Que cuando mas los vieron embebidos
Salió la multitud y torbellino
Con acometimiento furibundo,
Y del primer encuentro se llevaron

Once soldados con sus arcabuces.
 Recógense los otros, y detienen
 Aquella tempestad impetuosa
 Defendiéndose dellos un buen rato,
 Y el Melchior Velazquez á la grita
 Acudió con los que con él estaban,
 Y allí le traspasaron el un brazo;
 Pero con su venida los salvajes,
 Por faltalles ya tiros, se desvian
 Y se precipitaron en el agua,
 Cortándola con brazos desenvueltos,
 Como gente que en estos menesteres
 Sabia diestramente menearse,
 Y así no fué posible tomar indio,
 Muchacho ni mujer de quien pudiesen
 Saber lo que la tierra contenia.
 Quedando pues los vivos afligidos
 Por la grande desgracia sucedida,
 Pasaron á la banda do dejaban
 Los ranchos asentados y el servicio,
 Y su pasaje fué muy trabajoso
 Y no sin grande riesgo de la vida.
 Allí, por venir muchos mal heridos,
 Se detuvieron por algunos dias,
 Al cabo de los cuales una noche
 En el postrero cuarto segundaron
 Los bárbaros con otra rociada,
 Y acometieron con tan grande furia
 Que fueron removidos de su campo
 La mayor parte de los españoles,
 Los mas dellos heridos, y dos muertos,
 Y el Melchior Velazquez el un muslo
 Por una y otra parte traspasado;
 El cual con la presteza que cumplia
 En orden puso todos los soldados,
 Así los sanos como los enfermos,
 Y tal priesa se dieron las espadas
 Que los feroces bárbaros perdieron
 El campo con la presa que tenían,
 Tomando por guarida la del rio,
 Dejando nuestra gente maltractada.
 Y así considerando cuán sin fruto
 El tiempo se gastaba, requirieron
 A su gobernador que se volviese,
 Y como no podia hacer menos,
 Condescendió con lo que le rogaron:
 Efectuóse luego la partida;
 Pero como salieron lastimados
 Y sin ajenos piés que socorriesen,
 Por tierras montañosas sin refugio,
 Comiendo tallos de silvestres plantas
 Y cosas mas inmundas, veinte dellos
 Dieron fin á trabajos con la muerte,
 Y del gobernador lo mismo fuera
 A no tener en esta desventura
 Un noble hijo de su mismo nombre
 Que en todos los trabajos padecidos
 Nunca jamás faltó de su presencia,
 Cumpliendo fielmente lo que deben
 Los buenos hijos al amor paterno.
 Llegaron pues á Toro los restantes,
 Donde fueron caritativamente
 Curados y á salud restituidos.
 Pasáronse después algunos meses,
 Y el Melchior Velazquez con deseo
 De mas acrecentar aquel gobierno,
 Como ya se sintiese fatigado
 De los trabajos, y con largos dias,
 Al hijo le mandó recoger gente
 Para buscar aquellas poblaciones
 De que tuvo primero la noticia;
 El cual usando de las comisiones
 Llegó setenta y cinco compañeros,
 Con los cuales entró por la montaña,
 Y en breve tiempo dió con los asentos;
 Pero hallólos todos despoblados,
 Desiertos y sin muestra de cultura.
 Dos ó tres indias viejas solamente
 Ovieron á las manos, y otros pocos
 De indios muy enfermos consumidos,
 Y preguntándoles adónde estaban
 Todos los moradores de la tierra.

Respondieron con lloro no fingido
 Que todos los barrió cruel y brava
 Peste que por allí se padecia:
 Esto reconocieron claramente
 Por infalibles muestras y por cuerpos
 Que por haber faltado manos sanas
 No se les dió terrena sepultura.
 Volviéronse con esta mala nueva
 Y sin otra ganancia ni provecho
 Que lástima, dolor y pesadumbre,
 Cual la tenemos hoy en este reino,
 Pues por la era del de ochenta y ocho
 Hubo tal mortandad de naturales,
 Que los diamantinos corazones
 A tierno sentimiento se movieran,
 Viendo cómo la flor de todos ellos,
 Mozos y mozas en edad florida,
 Y de los nobles jóvenes patricios,
 Damas de gran primor y gallardia,
 Eran arrebatados de la furia
 De aquella tempestad fierra y horrible,
 Sin que bastasen curas ni remedios,
 Solicitud, cuidado, diligencia
 De amos ni de médicos peritos,
 Con largos gajes, premios y salarios
 Que cada cual vecino prometia
 Deseando salud á su familia;
 Y no bastando ya fuerzas humanas
 Para cesar la plaga de viruelas
 Que todo lo barria y asolaba,
 Ocurrimos al Médico supremo
 Con cristianas y pias diligencias,
 Procesiones, ayunos y limosnas,
 Que ciertamente se hicieron muchas
 En este pueblo donde yo resido
 Y en todos los demás del Nuevo Reino.
 Pero desta ciudad llamada Tunja
 Fueron por una imagen de la Virgen
 Que está en Chiquinquirá, pueblo de indios
 Que dista deste mas de siete leguas,
 Do la bondad de Dios ha comenzado
 A se mostrar con altas maravillas,
 Sanando ciegos, cojos y tullidos.
 De que daremos cuenta mas estensa
 En otra parte, dándome Dios vida.
 Trájose con debida reverencia
 Sérico palio, hachas encendidas,
 Y era para notar la muchedumbre
 De bárbaros incultos que salia
 A vella, recebilla y adoralla,
 Con lumbres encendidas en las manos,
 Prostradas en el suelo las rodillas,
 Pidiéndole favor, reconociendo
 Ser Madre del que puede socorrellos,
 Hasta coger las gotas de la cera
 Que las ardientes hachas destilaban
 En tierra, que tenían por reliquia,
 Y los caciques que tenían pueblos
 Algo mas apartados del camino,
 Rogaban la pasasen por sus casas
 Prometiéndole magnificas limosnas.
 Finalmente, después que la trajeron
 Y la pusieron en una capilla
 De ricos ornamentos adornada,
 Innumerables gentes acudian,
 Así de naturales como nuestros,
 Continúando santos sacrificios
 Que celebraban voces acordadas
 Con solemne concento y armonia;
 Y fué servido Dios por su clemencia
 De luego mitigar aquella ira,
 Que agora va corriendo y abrasando
 Tierras de Popayán y Quito y Lima,
 Por gran descuido de los que gobiernan,
 A propios intereses anhelantes,
 Sin que del bien comun tengan acuerdo.
 Porque esta plaga vino de la costa,
 Y pues sabian ya la furia della,
 Facilísimamente se pudiera
 Cerrar la puerta por adonde vino
 Con impedir la hoga por entonces
 Y poner guardas en el rio Grande

Que se cumpliera bien y fielmente
 Con solos seis ringlones del audiencia.
 Y así por una negra que venia
 Tocada deste mal contagioso
 De la costa del mar á Mariquita,
 Segun comun decir, ha sido causa
 Desta calamidad y desventura,
 Y que pudiera ser quedar ilesos
 Usando de la dicha diligencia;
 Pruébolo, pues sabemos que en Pamplona
 De aqueste reino, por el gran cuidado
 Y vigilancia de Cristóbal Joven,
 Siendo corregidor que la regia,
 No dejando llegar los caminantes,
 Con sanidad quedó como solia
 Y libre de la dura pestilencia.
 Llevamos pues la imagen á su casa
 Con la veneracion que fué posible,
 Y con magnificencia de limosnas,
 De que se van labrando mas decentes
 Y mas autorizados edificios,
 Donde también hay lámparas de plata,
 Ricos y muy costosos ornamentos
 Por devotos cristianos ofrecidos,
 Y segun la frecuencia de fieles
 Será basilica de gran momento;

De la cual á su tiempo, Dios mediante,
 Tractaremos particularidades.
 Y agora será justo hacer pausa,
 Contento con que dejo descansando
 Al Melchior Velazquez en su casa,
 Y habiendo dicho lo mejor que puedo
 Las cosas sucedidas en aquellas
 Cuatro gobernaciones que confinan
 Y van asidas unas de las otras.
 No para reposar, pues que me queda
 Larga, prolija y áspera jornada,
 Do con razon me manda que proceda
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
 Cursor primero que ganó la seda
 En este nuevo reino de Granada;
 De cuyo fuerte brazo y estandarte
 Promete de tractar la cuarta parte (1).

(1) Cumplió escribiendo la cuarta parte, la cual vió en la librería de don Alonso Ramirez de Prado, con licencias para imprimirse, Lucas Fernandez Piedrahíta, segun dice en el prólogo á su historia del Nuevo Reino. Desfrutóse en esta obra, y se ven en ella versos copiados. Vide pp. 365, 387

(Nota puesta probablemente por el censor antes nombrado.)